

bran los ejemplos de Mauricio y toda su valiente legión, que en vez de resistir, deponen las armas y se dejan pacientemente inmolar. ¿Dónde podríamos hoy día encontrar semejante constancia, semejante valor, semejante firmeza de principios? Lo que sí hallaremos es esa volubilidad que antes hacía comparar á la mujer á una pluma arrebatada por el viento, y que se ha vuelto patrimonio del varón. Hoy día, para encontrar valor y constancia, es preciso buscarlos en la mujer; y por eso á vosotras está reservada la conquista del mundo en el siglo XX. Vuestras armas serán, como han sido hasta ahora, la caridad, y la caridad únicamente. ¿Habrá algún insensato que pretenda arrebatárosla? No dejéis jamás que os la quiten; sobre todo, no consintáis en trocárla por la filosófica *filantropía*. Continúad impertérritas por la senda que hasta aquí habéis seguido, y mostrad al mundo que la Iglesia siempre marcha, siempre avanza, siempre camina, sean cuales fueren los obstáculos que se le opongan ó las asechanzas que se le tiendan.



ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA EN LA CAPILLA DEL ROSARIO DE SAN LUIS POTOSÍ,
 CON MOTIVO DE LA ASAMBLEA GENERAL QUE ALLÍ
 SE VERIFICÓ LA TARDE DEL 25 DE
 SEPTIEMBRE DE 1902.



CUANDO hace dos años presidí vuestra asamblea, os hablé de los orígenes de esta asociación de San Luis Potosí, á cuyo nacimiento por casualidad asistí, cuyos progresos y vicisitudes he venido presenciando de cerca. Hoy quiero remontarme más lejos y hablaros del origen, no sólo de vuestra sociedad, sino de todas las asociaciones y cofradías de caridad, fundadas por San Vicente de Paul ó conforme á su espíritu.

No es nueva la caridad en la Iglesia. ¿Quién no conoce las admirables predicaciones de Nuestro Divino Salvador, recomendando y aun mandando la caridad para con el prójimo, con preceptos directos, con parábolas, con dulces ejemplos, con estupendos milagros? ¿Quién ha olvidado los hechos y los prodigios de los Apóstoles en favor del estropeado y del mendigo? Imperecedera es la memoria del desprendimiento de los primeros cristianos, que se despojaban de sus bie-

nes para compartirlos con el pobre, teniéndolos todos en común. Más tarde los palacios y las quintas de los Senadores y Patricios romanos se convertían en patrimonio de los pobres y de los esclavos, libertados por sus cristianos señores. En la Edad Media, los Monasterios y los Conventos eran igualmente la casa del desvalido y el emporio de medicinas de los pobres. Entonces, lejos de ser delito la mendicidad como en el tiempo del paganismo, los más ricos se convertían en peregrinos y mendigos por amor de Dios, constituyéndose asimismo las órdenes llamadas mendicantes, á cuyos miembros ninguno negaba un socorro. Vemos, pues, que la caridad nunca faltó, según la sentencia de San Pablo, *charitas nunquam excidit*, y que conforme á las exigencias de los tiempos y de los lugares, siempre procuró la Iglesia que estuviese bien ordenada.

Al entrar la edad moderna, las nuevas condiciones de la sociedad, exigieron nuevos reglamentos, y para ello fué predestinado San Vicente de Paul. Nació pobre, y sintió en su persona las penalidades de la escasez y aun del cautiverio. Vivió unas veces entre pobres y pudo considerar que sus propios sufrimientos no eran una excepción, y que había otros mayores y casi universales. Vivió también en el seno de familias ricas, y pudo ver cuántos sufrimientos puede aliviar la riqueza, siempre que se acerca á la pobreza y se distribuye equitativamente. Entonces concibió un modo práctico de realizar las palabras de la Escritura: se en-

contrarán y se necesitarán mutuamente el pobre y el rico; á entrambos los ha creado el Señor: *dives et pauper obviaverunt sibi, utriusque operator est Dominus*. A este fin hizo el primer ensayo de las asociaciones de caridad que posteriormente se han extendido tanto en el mundo, y de las cuales es la vuestra, parte no despreciable.

En la época á que me refiero, aún no se habían establecido las Congregaciones de las Hermanas de la Caridad, ni de los Sacerdotes de la Misión, y quizás San Vicente ni soñaba ser Fundador. Había gobernado por algún tiempo la poco importante parroquia de Clichy, había sido después ayo ó capellán en la ilustre familia de Gondi, y ahora de nuevo emprendía la carrera parroquial, aceptando la pequeña parroquia de Chastillon, en la diócesi de León de Francia. Aquí fué donde más palpablemente vió la necesidad de reglamentar la erogación de limosnas, de hacer éstas permanentes, y de poner en íntimo contacto al pobre y al rico. Veía, en efecto, que éstos se cansaban de dar, ya sea por la inconstancia humana, ya sea por los cambios de fortuna, frecuentes en todas épocas, pero más especialmente en las de revoluciones y guerras. Notaba que los más necesitados eran á menudo los que menos recibían, y que los más favorecidos eran los más audaces y aquellos á quienes no da vergüenza mendigar. Para evitar estos males, reunió el caritativo párroco un puñado de señoras de buena voluntad, y con ellas echó los cimientos de las cofradías ó asocia-

ciones de caridad, hoy tan célebres y tan extendidas. Vale la pena que os impongáis del acta del establecimiento de esta primera hermandad. Dice así, traducida fielmente del francés anticuado en que se redacta, y cuyo sabor he procurado conservar en la versión:

Como quiera que la caridad para con el prójimo es una señal infalible de los verdaderos hijos de Dios, y que uno de los principales actos de la misma es visitar y dar de comer á los pobres enfermos, esto hace que algunas piadosas señoritas, y algunas virtuosas matronas de la villa de Chastillon-les-Dombes, diócesi de León, deseosas de obtener esta misericordia de Dios, de ser sus verdaderas hijas, se han adunado para asistir espiritual y corporalmente á aquellos habitantes de su pueblo, que á veces han sufrido mucho, más bien por falta de orden en aliviarlos, que por carencia de personas caritativas. Pero como es de temerse que, habiendo empezado esta buena obra, decaiga en poco tiempo, si para sostenerla no tienen alguna unión y lazos espirituales que las liguén, han resuelto unirse en un cuerpo que pueda ser erigido en cofradía, bajo los reglamentos que siguen; pero en todo sujetas á la voluntad de Monseñor el Arzobispo, su Prelado muy venerado, al cual esta Obra queda enteramente sometida.

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, el octavo día de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Dios, año 1617, en la Capilla del Hospital de la villa de Chastillon-les-Dombes, estando congregado el pueblo, Nos, Vicente Depaul, sacerdote é indigno Cura de dicha Villa, hemos expuesto cómo el Señor de la Faye, Vicario General de Monseñor el Arzobispo de León, nuestro dignísimo Prelado, ha aprobado los artículos y reglamentos arriba contenidos, levantados para la erección y establecimiento de la Cofradía de la Caridad, en dicha villa, y en el recinto de la referida capilla; por cuyo medio, Nos, el Cura antedicho, en virtud de dicha aprobación, hemos hoy erigido y establecido dicha Cofradía en la referida Capilla, habiendo primeramente hecho saber al pueblo en qué consiste dicha Cofradía y cuál es su fin, á saber: asistir á los pobres enfermos de dicha Villa, espiritual y corporalmente.

Y habiendo amonestado á quienes quisieren ser miembros de ella, para que se acerquen y den sus nombres, se han presentado: Francisca Bachet; Carlota de Brie; Gaspara Puget; Florencia Gomard, esposa del Señor le Chatelain; Dionisia Remier, esposa del Señor Claudio Bouchon; Filiberta Mulger, esposa de Filiberto Desigomières; Catarina Patisier, viuda del difunto Eleonor Burdilliat; Juana Perrier, hija del difunto Perrier; Florencia Gomard, hija del difunto Daniel Gomard; Benita Prost, hija de Edmundo Prost, y Joina Guay, viuda del difunto Ponsino Guicheron, que se ha presentado para ser cuidadora de pobres.

No he querido omitir uno solo de estos nombres, que quizás os parecerán exóticos, en primer lugar, porque son dignos de pasar de gente en gente y de generación en generación, y, además, porque son vuestras progenitoras en las Obras de Caridad. Es cierto que los reglamentos se han modificado según los tiempos y los lugares, pero la institución es, en realidad, la misma. Así, por ejemplo, aquí os apellidáis *conferencias*, nombre en otros países reservado á las asociaciones de varones; aquí cuidáis no sólo de pobres enfermos, sino también de los sanos, trabajos confiados en otras regiones á cofradías diversas; pero el espíritu es el mismo, las reglas en el fondo son idénticas, é igual el modo de ejercer la caridad.

Veis que ahora, lo mismo que en su origen, la institución es eminentemente diocesana, y eminentemente parroquial, ni más ni menos que cuando el humilde Cura de Chastillon estableció su primera cofradía bajo los auspicios del Arzobispo de León. La revolución Francesa acabó, es cierto, con las instituciones de San

Vicente; pero al restaurarse, surgieron con el mismo espíritu de sumisión al Párroco, que ha distinguido siempre á los miembros de la Iglesia en Francia.

Esta sumisión y este espíritu de parte de los fieles, impone deberes correlativos á los Párrocos, y al mismo tiempo que alabo el celo y la actividad de los de mi diócesi, no puedo menos que excitarlos á que redoblen uno y otro. Bajo ellos han seguido prosperando las conferencias de este Obispado, según noto por los informes que se acaban de leer. Todas han nivelado los ingresos con los egresos, conforme á mi constante recomendación. Una sola no ha podido hacerlo, porque acostumbrada en tiempos anteriores á entradas tan abundantes, que en todas partes han llamado la atención, no ha podido aún resignarse á la escasez que ha traído el cambio de circunstancias.

Al mismo tiempo que á los Párrocos, me dirijo á vosotras, señoras de las Asociaciones de Caridad dentro y fuera de San Luis Potosí. Como veis, nos está afligiendo una sequía que parece ser más terrible que la que hace no mucho tiempo nos desoló durante siete años. Tras ella está asomando el hambre su descarnado rostro, y en lontananza se divisa la guadaña asoladora de la peste que suele seguir á una y otra. Se van á necesitar, por tanto, todo vuestro celo, toda vuestra actividad. Poned manos á la obra desde luego, sin aguardar á los últimos momentos, en que los mayores esfuerzos se vuelven estériles. Ahora que aún no están exhaustos los bolsillos de los ricos, ex-

hortadlos á que provean vuestras alforjas para el día de la necesidad.

Con sumo placer he visto que las *cocinas económicas* se han sostenido, y siguen dando resultados satisfactorios. Es preciso establecerlas en mayor escala y sujetarlas á una organización más perfecta, para que no presenten los inconvenientes que se observaron en las que fueron improvisadas á última hora, hace diez años, y fueron poco propicias á la salubridad pública.

Estos preparativos, importantes como son, nada significan si no van acompañados y precedidos de la oración; de la oración salida de una alma penitente y purificada. ¿Por qué, aunque constantemente pedimos al Señor, en el Santo Sacrificio y fuera de él, que nos mande lluvias saludables, por qué son desoídas nuestras plegarias? Nada extraordinario pedimos, puesto que en tiempos anteriores, según se me refiere, no eran tan largas ni tan asoladoras las épocas de sequía. ¡Y sin embargo, el Señor no nos escucha! El Señor nos trata con más rigor que á nuestros antepasados, y, ó estamos expiando las culpas de nuestros padres, ó lo que es más probable, nuestras oraciones se balbuten por labios manchados por la culpa.

Como quiera que sea, á nosotros, sacerdotes del Altísimo, á vosotras, que con cierta legítima y piadosa ostentación profesáis la caridad, toca desarmar la mano del Dios que nos castiga, purificando más y más nuestra conciencia, y redoblando nuestras obras de penitencia y caridad. ¡Quiera el Señor, que tan buenas

resoluciones nos inspira, darnos fuerza y constancia para llevarlas á cabo.

Entretanto, acepten la expresión de mi reconocimiento, las señoras de las Asociaciones de Caridad, sus celosos directores y el activo Director General, que tan bien ha sabido corresponder á la confianza que en él puse, al ponerlo al frente de todas las conferencias de la diócesi. A todos envió mi bendición.



DISCURSO

LEÍDO POR EL ILMO. SR. OBISPO DIOCESANO, EN LA DISTRIBUCIÓN
DE PREMIOS DEL COLEGIO SEMINARIO DE S. LUIS POTOSÍ,
LA NOCHE DEL 31 DE JULIO DE 1898.